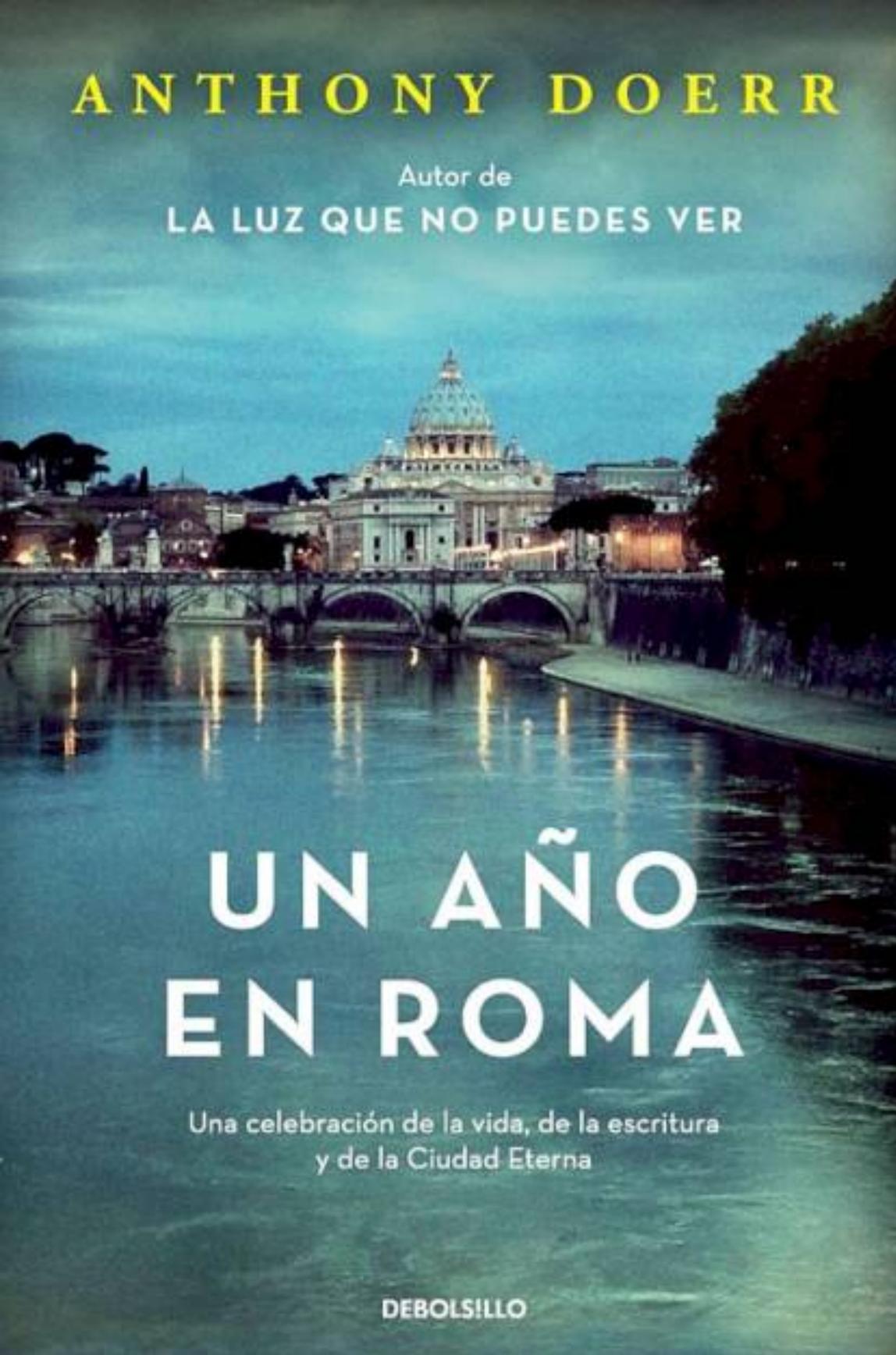


ANTHONY DOERR

Autor de
LA LUZ QUE NO PUEDES VER

A nighttime photograph of St. Peter's Basilica in Rome, Italy, illuminated against a dark blue sky. The Tiber River flows in the foreground, reflecting the lights from the basilica and the bridge. The bridge has several arches and is also lit up. The overall scene is serene and captures the beauty of the city at night.

UN AÑO
EN ROMA

Una celebración de la vida, de la escritura
y de la Ciudad Eterna

DEBOLSILLO

Traducción de
Eduardo Iriarte

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Henry y Owen

Las lluvias caen, suben las nubes, los ríos se secan, y apresura a caer granizo, rayos en llamas, que abrasan toda la tierra desde el espacio; los mismos regresan llevando lo que pueden. El calor viene de arriba y vuelve a retornar. Vientos entran en la tierra de vacío, y vuelven cargados con el botín. Respiran el aire un sinnúmero de animales trayendo de lo alto el espíritu, y la tierra infunde el aliento de la vida en el cielo que se agotó. Así pues, la naturaleza, con movimientos alternativos, barre el mundo con gran velocidad, como una máquina de la guerra incrementando la discordia.[1]

PLINIO EL VIEJO,
Historia natural, 77 d. C.

OTOÑO



Italia se vislumbra. Hacemos listas: pañales, ropa de cuna, una lamparita para leer. Leche en polvo para biberón. Dos docenas de barritas de cereales Nutri-Grain. No hemos comido barritas Nutri-Grain en la vida, pero ahora, de pronto, parece importante tenerlas a mano.

Me quedo mirando el nuevo diccionario de bolsillo Italiano-Inglés y me preocupo. ¿Pone cómo se dice: «Aquí está mi pasaporte»? O: «¿Dónde puedo comprar pañales, por el amor de Dios?»

Hacemos como que estamos tranquilos. Ninguno de los dos está dispuesto a plantearse que mañana subiremos a bordo de un Airbus con unos gemelos de seis meses, ascenderemos a treinta y siete mil pies de altitud y permaneceremos allí catorce horas. En cambio, abrimos y cerramos la cremallera de las bolsas de viaje, le quitamos las ruedas al carrito y miramos con atención fotitos muy pixeladas de San Pedro en ricksteves.com.

Lluvia en Boise; viento en Denver. El avión surca la troposfera a novecientos kilómetros por hora. Owen duerme en un rebojo de sábanas a nuestros pies. Henry duerme en mis brazos. Hay turbulencias durante toda la travesía del Atlántico; tiemblan los mamparos, los vasos tintinean, los ganchos de las bandejas se abren y se cierran.

Nos trasladamos de Boise (Idaho), a Roma (Italia), un lugar donde nunca he estado. Cuando pienso en Italia imagino decadencia, pinturas al óleo de color pardo oscuro, emperadores con sandalias. Veo una sección transversal de una maqueta del Coliseo hecha como proyecto escolar a base de pegamento y azucarillos; veo una jabonera blanca y azul marino comprada en Florencia con un ángulo desportillado que mi madre tuvo en el lavabo de su cuarto de baño durante treinta años.

Con más claridad que cualquier otra cosa, veo un libro con dibujos para colorear que me regalaron una vez por Navidad titulado *La antigua Roma*. Dos criaturas mamaban de las ubres de una loba. Un César sonreía con su corona de hojas. Una sensual doncella de grandes pupilas posaba con un cántaro junto a una fuente. Al margen de la idea que tuviera de Roma en aquel entonces —con siete años, la noche de Navidad, los copos cayendo contra las ventanas, un abeto con luces parpadeando en la planta baja, lápices de colores desperdigados por la moqueta—, ahora no es mucho más clara: bosquejos de elefantes y gladiadores, palacios dibujados al fondo, la sensación de que los colores que había escogido estaban todos equivocados, verde mar para los carros, dorado para los cielos.

En la pantalla del respaldo del asiento que hay delante de mí, el pequeño icono de nuestro avión pasa por encima de Marsella, Niza. Un biberón lleno de leche, ladeado en el bolsillo del asiento, empapa el tejido y gotea sobre mi equipaje de mano, pero no me agacho a enderezarlo por miedo a despertar a Henry. Hemos cruzado de Norteamérica a Europa en el tiempo que se tarda en emitir una película de Lindsay Lohan y dos episodios de la telecomedia *Todo el mundo*

quiere a Raymond. La temperatura en el exterior es de 50 grados bajo cero.

Un taxi nos deja delante de un palacio: estuco y mármol travertino, la fachada dividida en cinco ventanales, unas escaleras de entrada enmarcadas por arbustos podados con formas de animales. El portero aplasta la colilla con la suela del zapato y dice, en inglés: «¿Son ustedes los de los gemelos?». Nos estrecha la mano, nos da un juego de llaves.

Nuestro apartamento está en un edificio anexo al palacio. La verja principal mide tres metros de alto, es de hierro y tiene arañazos en mil sitios; es como si hubieran estado intentando entrar en el jardín perros salvajes. Una llave la abre; encontramos la entrada en el lateral. Los niños miran desde los asientos del carrito con ojos enormes. Los metemos en un ascensor de jaula con puertas de madera que se abren hacia dentro. Pasamos dos plantas traqueteando. Oigo pinzones, frenos de camioneta. Resuenan pasos de vecinos en la caja de la escalera; un portazo. Hay voces de niños. La verja, tres plantas más abajo, emite un estrépito metálico al cerrarse.

Nuestra puerta se abre a un pasillo estrecho. Lo lleno poco a poco de bolsas. Shauna, mi mujer, lleva a los niños al interior. El apartamento es más grande de lo que hubiéramos podido esperar: dos dormitorios, dos cuartos de baño, armarios nuevos, techos de cuatro metros, suelos embaldosados que resuenan. Hay un viejo escritorio, un sofá azul marino. El frigorífico está oculto dentro de un armario. Solo hay una obra de arte: un póster de siete u ocho góndolas que cruzan un puerto, con una piazza brumosa al fondo.

La joya del apartamento es la terraza, a la que accedemos por una puerta estrecha en el rincón de la cocina, como si el arquitecto solo se hubiera percatado de que hacía falta una salida en el último momento. Se asoma a la entrada del edificio, diez metros más allá, dieciséis más abajo. Desde allí se ven entre las copas de los árboles piezas del puzle de Roma: tejados de terracota, tres o cuatro cúpulas, un campanario de dos pisos, el verde disperso de los jardines colgantes, todo calinoso, extraño e imposible.

El aire es húmedo y cálido. Si acaso, huele ligeramente a repollo.

—¿Es nuestra? —pregunta Shauna—. ¿Toda la terraza?

Lo es. Salvo por nuestra puerta, no hay ninguna otra entrada.

Dejamos a los bebés en cunas desemparejadas que no parecen especialmente seguras. Un mosquito pasa flotando por la cocina. Compartimos una barrita de cereales. Comemos cinco paquetitos de galletas saladas. Nos hemos mudado a Italia.

Durante un año voy a disfrutar de una beca en la Academia Americana en Roma. Aquí no hay alumnos, ni facultad, solo un puñado de artistas e investigadores, a los que se concede un año en Roma para dedicarse a proyectos independientes.

Mi beca es de literatura. Lo único que tengo que hacer es escribir. Ni siquiera tengo que enseñarle a nadie lo que escriba. A cambio, me ofrecen un estudio, las llaves de este apartamento, dos esteras de baño, un montón de toallas descoloridas todos los jueves y 1.300 dólares al mes. Vamos a vivir en la colina del Janículo, una verde oleada de árboles y villas

separada por unos cientos de metros y una serie de escaleras de piedra con siglos de antigüedad del barrio romano con el nombre de Trastévere.

Me subo a una silla en la terraza e intento ubicar el río Tíber en el laberinto de edificios lejanos, pero no veo barcas ni puentes. Una guía de la biblioteca pública de Boise decía que el Trastévere era un lugar encantador, atestado de iglesias prerrenacentistas, callejuelas medievales y clubes nocturnos. Lo único que veo es la calima: azoteas, copas de árboles. Oigo el murmullo del tráfico.

Una palmera frente a la ventana capta la puesta de sol. El grifo de la cocina gotea. No solicitamos esta beca; ni siquiera estábamos al tanto de que existiera. Hace nueve meses recibimos una carta de la Academia Americana de las Artes y las Letras en la que nos informaban de que mi obra había sido nominada por un comité anónimo. Cuatro meses después recibimos otra carta en la que se nos confirmaba que había ganado. Shauna seguía en el hospital, nuestros hijos tenían apenas doce horas cuando me planté delante de nuestro apartamento entre la nieve medio derretida y encontré el sobre en el correo.

Nuestro retrete tiene dos botones para descargar la cisterna, uno el doble de grande que el otro. Lo discutimos: yo digo que descargan la misma cantidad de agua; Shauna opina que el botón más grande es para las aguas mayores.

Como siempre ocurre al salir de casa, son los detalles los que nos provocan la sensación de desplazamiento. No hay cortinas en las ventanas. Las sirenas que pasan por la calle suenan una nota más graves. Lo mismo ocurre con el tono de

marcar del teléfono de plástico rojo. Cuando orinamos, la orina no cae sobre el agua sino sobre la porcelana.

En los grifos del baño pone *C* y *F*, y la *C* no es de *cold* en inglés, sino de *calda*, caliente. El frigorífico es del tamaño de una nevera para cerveza. En la pared, sobre la cocina, hay una palanca de acero sin leyenda alguna. ¿Para el gas? ¿El agua caliente?

Las cunas que nos ha prestado la Academia no tienen refuerzos para evitar coscorriones, ni sábanas, pero sí algo que llegamos a la conclusión de que deben de ser almohadas: unos rectángulos de espuma de un par de dedos de grosor, forrados de algodón.

El jabón del lavavajillas huele a lima salada. Los mosquitos son más grandes. En vez de armarios, en las habitaciones hay grandes guardarropas anticuados.

Shauna hurga en el espacio triangular que va a convertirse en nuestra cocina, comedor y sala de estar.

—No hay horno.

—¿No hay horno?

—No hay horno.

—¿Igual los italianos no usan hornos?

Me lanza una mirada.

—Inventaron la pizza.

Quince minutos antes de medianoche, en el reloj digital del microondas pone 23.45. ¿Qué será la medianoche? ¿0.00?

Esa primera noche nos acostamos hacia la medianoche, pero a la una los niños están despiertos, llorando en sus cunas desconocidas. Shauna y yo nos cruzamos en el pasillo, cada cual con un bebé en brazos.

El jet lag es sequedad en los ojos, un cable suelto en la es-

pina dorsal. Despertar en Boise, acostarse en Roma. La ciudad es un campo de sombras más allá de la barandilla de la terraza. Los huesos de Keats, Rafael y san Pedro se descomponen por ahí en algún lugar. El Papa sueña a menos de un kilómetro de distancia. Owen me mira parpadeando, con la boca abierta, un pliegue en la frente, como si su alma siguiera en algún punto sobre el Atlántico, intentando dar alcance al resto de su ser.

Para cuando vuelve a haber luz en el apartamento no hemos dormido ninguno. Nos hace falta dinero, nos hace falta comida. Vuelvo a montar el carrito y lo llevo como mejor puedo escaleras abajo. Shauna sujeta a los niños con la correa. Al otro lado de la verja de entrada la acera se prolonga a derecha e izquierda. El cielo se ve moteado y húmedo; pasa un coche pequeño a toda velocidad y deja en su estela una bolsa de plástico dando vueltas.

—Hay más tráfico hacia la izquierda —señala Shauna.

—¿Y eso es bueno?

—Igual más tráfico significa más comercios, ¿no?

Estoy poniendo reparos a su lógica cuando aparece una vecina a nuestra espalda. Pequeña, pecosa, de aspecto fornido. Es americana. Se llama Laura. Su marido tiene una beca de arquitectura paisajística de la Academia. Acaba de dejar a sus hijos en el autobús de la escuela y ahora lleva a reciclar la basura y va a comprar carne picada.

Nos da indicaciones hacia la izquierda. Veinte metros escasos acera adelante, cuatro calles convergen bajo un imponente arco de estuco conocido como Porta di San Pancrazio, una entrada en las antiguas murallas defensivas de Roma. No hay semáforos. Los coches avanzan pugnando por hacerse un hueco. Se suma al desbarajuste un autobús público. Lue-

go una camioneta cargada de muebles. Después un par de motocicletas. Todo el mundo parece ir camino de la misma callejuela, donde, en cuanto se zafan del embotellamiento, los vehículos se alejan a la carga entre hileras de coches aparcados con los retrovisores laterales o bien recogidos o bien arrancados.

Laura no deja de hablar en todo el camino. Como si hoy fuera un día cualquiera, como si nuestras vidas no estuvieran en peligro, como si Roma fuese Cincinnati. ¿Hay pasos de peatones siquiera? Las bocinas resuenan. Un taxi está a punto de segar las ruedas delanteras del carrito. «¿En qué aerolínea volasteis?», grita Laura. Shauna dice: «Dios mío». Siento la tentación de agazaparme en la cuneta con mis criaturas en brazos.

Se introduce en la melé otro escúter (*motorino*, nos dice Laura). El conductor sujeta un plátano de metro y pico dentro de una maceta en la pequeña plataforma entre sus zapatos. Las hojas de la planta le aletean contra los hombros al pasar.

Laura cruza la intersección a paso firme, lanza su basura a una serie de contenedores y señala unos escaparates calle abajo. Parece cómoda hasta un punto intolerable; es una isla de serenidad. Me preocupo. ¿Podemos hablar tan fuerte? ¿En inglés?

Los niños no emiten el menor sonido. Hace calor. Por encima de las tiendas se alzan amenazadores edificios de apartamentos, cientos de balcones abarrotados de geranios, palmeras enanas, tomates. A la puerta de los bares, adolescentes beben café en vaso. Hay hombres con monos azules y botas de combate a la entrada de bancos, con pistolas al cinto. Pasamos por delante de un concesionario Fiat con un escaparate no mayor que el del salón de belleza que hay al la-

do. Pasamos por delante de una pizzería; un anciano detrás del mostrador de cristal corta una flor del extremo de un calabacín.

En la sección de alimentación infantil de una farmacia busco cualquier cosa reconocible y encuentro etiquetas ilustradas con conejos, ovejas y —peor aún— ponis.

—En Italia —dice Laura—, «Mi bonito poni» es un aperitivo.

Nos ayuda a buscar un cajero automático; nos enseña dónde comprar pañales desechables. Nos aclara los nombres de los barrios:

—Trastévere está detrás de nosotros, escaleras abajo. Janículo, donde vivimos, es solo el nombre de la colina. El barrio en sí, por el que estamos paseando, se llama Monteverde.

—Monteverde —repito, practicando.

Antes de marcharse, Laura señala un mercado de verdura. *A presto*, dice, lo que me lleva a consultar mi libro de frases. ¿*Prestare*? ¿*Dar*?

Luego se esfuma. Pienso en Dante en el Purgatorio, volviéndose a decirle algo a Virgilio solo para encontrarse con que Virgilio ya no está.

En el mostrador de verdura —según aprendemos por las malas— no se debe tocar el género; se señalan la *insalatina* o los *pomodori* y el tendero los pone en la balanza. Los huevos del carnicero están en cartones abiertos, asándose al sol. No lleva etiqueta ninguna carne; señalo algo rosa y sin huesos, y cruzo los dedos.

Los Kit Kat no tienen envoltorio naranja, sino rojo. Saben mejor. Igual que las peras. Devoramos una y derramamos ju-